

## Ecografías con escolta

Joana Bonet - 10/09/2008

Ahí están, luciendo esa otra curva de la felicidad A con náuseas mientras sujetan la cartera ministerial. El perfil levemente alterado, acaso más rubor en las mejillas o todo lo contrario, la sombra azulada de las ojeras del Predictor como huella de las primeras noches en vela cuando la evidencia aún es extrañeza, luego secreto, después rumor, hasta que se confirma. Los embarazos de las políticas se han convertido en noticia de portada. A pesar del revuelo, cierto aire de impunidad se apodera de sus pasos; hay complacencia por haber logrado embarazarse, y más pasados los treinta y cinco. Comparo esas fotos con las de las subsaharianas deshidratadas que sostienen su vientre de ocho meses. La mirada occidental parece anestesiada cuando contempla la preñez en la precariedad, "esa gente, qué manera de hacer hijos". En cambio, para la primera línea del poder, la que viaja con escolta y firma proyectos de ley, tener un hijo es considerado un hecho excepcional.

Cuando se difundió el embarazo de Carme Chacón muchos se preguntaron cómo aguantaría la campaña electoral. Estaba de cinco meses, pero una especie de hipocondría nacional convirtió el natural cauce de la vida en exotismo y más de un columnista quiso ejercer de comadrona. Como si un proceso de gestación fuera incompatible con la arenga del mitin y el sudor de la militancia. Como si a lo largo de la historia las embarazadas no hubieran permanecido más de ocho horas de pie en una cadena de montaje, por no hablar del esfuerzo físico que realiza cualquier ama de casa. Desde el golpe de Estado de Tejero, España no aparecía en la portada del Herald Tribune, y ahí estaba Chacón, pasando revista a las tropas, pero sobre todo con su blusón premamá. Es la evidencia de que hoy resulta un fenómeno mediático que una mujer con cargo público se embarace, y más si ha entrado en un área hasta ahora sólo reservada a los hombres. La inviolabilidad que proyecta un vientre gestante cala hondo en una sociedad que se ha ido despolitizando, la misma que hace poco trataba con guante blanco la vida privada de los políticos y que ahora, en una tendencia internacional, empuja hacia lo biográfico, lo narrativo y lo metafórico de cada candidato.

El caso de Sarah Palin es un buen ejemplo. La aldea global conoce más a sus cinco hijos, su embarazo con 44 años de un niño con síndrome de Down, su coronación como miss Wasilla y, por supuesto, su posición antiabortista y antieducación sexual (resultado de la cual, su hija de 17 años está embarazada) que su discurso acerca de la guerra de Iraq - sobre la cual dice que no ha reflexionado... aún-. Parecen más importantes sus piernas o que no se le notara el embarazo que los postulados ideológicos de quien, en caso de ganar Mc-Cain, está a un milímetro de ocupar la Casa Blanca. En cuanto a Rachida Dati, la noticia se presenta con un halo más rive gauche, misterioso y elegante, como el humo de un Gitanes. Dati afirma sin pudor que su vida privada es bastante compleja y no quiere informar acerca de la paternidad del hijo que espera. En la primera línea de su currículum figuran su afición por el glamur y el sex appeal que le ha procurado el enfrentamiento con otras ministras de Sarkozy. Los antecedentes profesionales de la señora Dati, los mismos que le han valido el Ministerio de Justicia del Elíseo, quedan sepultados bajo una canastilla. Ellos son juzgados por su infidelidad. Ellas por sus ecografías. Cuando la noticia de la paternidad de un ministro aparezca en las portadas en lugar del desmentido de un rumor, el techo de cristal habrá sufrido una profunda grieta, y la igualdad una nueva victoria. En cuanto a las mujeres infieles, ya saben, son tan cuidadosas...